

CUANDO EL TIEMPO NO ES(TÁ) PRESENTE: REFLEXIONES DESDE EL *RARÁMURI RA'ICHAÁLA*



Figura 1. La cumbre de Norogachi (Fotografía de Jesús Villalpando 2015).

Diariamente nos enfrentamos a la noción de tiempo, esa dimensión física mediante la cual representamos y organizamos la sucesión de eventos que (nos) acontecen. Cuando esta tarea rutinaria se da en el plano de lo oral, contamos con algunos recursos lingüísticos en el español o la lengua que empleemos de manera cotidiana. Cualquiera que sea nuestra lengua materna o segunda lengua, cuenta con recursos léxicos para hacer referencia al tiempo, por ejemplo, con adverbios del tipo ‘mañana’, ‘ayer’, o con frases descriptivas como ‘dentro de siete días’, etc. Sin embargo, no toda lengua cuenta con estrategias obligatorias y gramaticalizadas para expresar estas relaciones temporales.

A esto último se le conoce como tiempo gramatical y el español es una lengua que codifica este tipo de información en su conjugación verbal. Toda persona hablante de español sabrá que la expresión ‘se cayó el sistema en 1988’ tiene una temporalidad distinta a ‘¿se caerá el sistema este año?’, una referencia al pasado en el primer caso y hacia el futuro en el segundo caso; dejemos de lado el llamado ‘tiempo presente’ por el momento.

Las nociones temporales como presente, pasado y futuro parecieran ser inherentes a la discusión sobre el tiempo físico, mas no así cuando hablamos del tiempo gramatical, es decir, los recursos especializados que forman parte de la gramática en una lengua para crear referencias temporales. Pensemos, por ejemplo, en la expresión ‘se cae el sistema cada seis años’, una oración que, si bien muestra un verbo conjugado para el “presente” (*i.e.* se cae), su referencia temporal, es decir, el tiempo del evento al que refiere, no es presente; es, si bien podemos describirlo con un término, por lo menos no-pasado o atemporal. Esto nos hace saber que el español, una lengua que



Figura 2. Mujer rarámuri de Sitagapachi (Fotografía de Jesús Villalpando 2017).

hemos pensado desde las gramáticas más tradicionales como tripartita en su sistema temporal (*i.e.*, presente-pasado-futuro), puede estar funcionando de una manera distinta. Si esta es la situación del español, una lengua ampliamente documentada, descrita y con presencia en una vastedad de dominios, ¿qué podríamos encontrar en lenguas minorizadas y poco estudiadas de México y del mundo? De esta pregunta parte mi investigación acerca de los sistemas de tiempo-aspecto-modalidad y evidencialidad en lenguas de la familia yutoazteca, con especial atención a la lengua *rarámuri ra'ichaála*, también conocida como tarahumara.

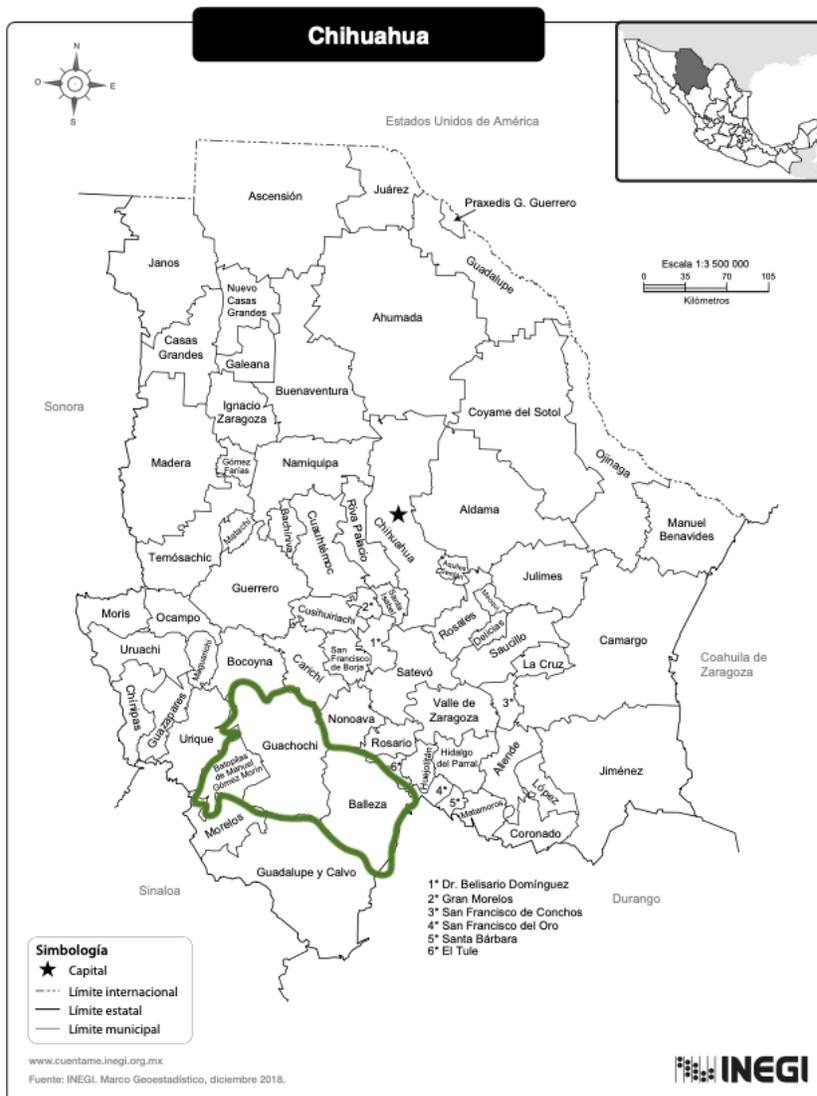


Figura 3. Chihuahua en relación con la variante central del *rarámuri* (adaptado de INEGI).

La población de habla rarámuri asciende a 91 554 personas y habitan en su mayoría el estado de Chihuahua, en la denominada Sierra Tarahumara (*Rarámuri Kawiwálachi*). La gran diversidad de ecosistemas de la región al igual que las grandes distancias entre comunidades han resultado en hablas diferenciadas entre una región y otra. Con base en sus rasgos lingüísticos, se han distinguido cinco grandes variantes para la lengua rarámuri, cada una de éstas con distinto etnónimo y sus particularidades tanto léxicas como en otras áreas de su gramática. Las variantes que se reconocen son la norte, sur, oeste, cumbres y la central. La investigación que se desarrolla para este proyecto se enfoca en la variante central, hablada principalmente en los municipios de Guachochi, Batopilas y Balleza.

El proyecto tiene como objetivo secundario la documentación de una muestra representativa del mayor número de contextos de uso de la lengua. Así, se han registrado en trabajo de campo distintos modos del discurso (*i.e.*, narraciones, descripciones, conversaciones, recetas, sermones, etc.) en la comunidad de Norogachi y alledaños. A partir del análisis de textos orales correspondientes a distintos modos del discurso, puedo postular que la lengua rarámuri ra'ichaála no cuenta con un sistema de tiempo gramatical dado que toda referencia temporal se realiza por medio de otras categorías tales como el aspecto, la modalidad, a manera de inferencia o por medio de adverbios. Por ejemplo, las referencias pasadas pueden estar expresadas por medio del aspecto perfectivo (eventos vistos como totalidad) o simplemente por medio del uso de un adverbio y el verbo sin marcación alguna. Toda referencia al presente implica, a su vez, progresión en el tiempo: *ne ko ma ko'á* 'Ya estoy **comiendo**'. Asimismo, las referencias al presente necesitan explicitar la "postura corporal" de la entidad sobre la cual predicamos: *ne ko ma ko'á atí* 'Estoy comiendo (**sentado**)'. Las referencias a eventos futuros están también codificadas por medio de otros recursos no temporales. Por ejemplo, el modo irrealis es usado para eventos que el hablante no está seguro de que vayan a ocurrir (*ukuméa* 'Va a llover'). Es decir, un evento futuro simple se expresará en rarámuri por medio de irrealis, mientras que, si se trata de un evento futuro inminente, lo reforzará mediante la modalidad epistémica de certidumbre (*ukuméa rè* 'Va a llover (**es clarísimo**)').

Además de los marcadores de aspecto (duración del evento) y modalidad (perspectiva del hablante ante el evento), el rarámuri cuenta con otro tipo de marcadores llamados 'evidenciales'.



Figura 4. Hombres rarámuri en la plaza del pueblo (Fotografía de Jesús Villalpando 2016).

Estos proporcionan información acerca de la fuente de la información de un evento. Es decir, un posicionamiento epistémico del que enuncia a partir de explicitar de dónde obtuvo dicha información. Las opciones con las que cuenta un hablante de *rarámuri ra'ichaála* son 'por experiencia propia' para lo cual usa el morfema verbal *-li*, 'por reporte hablado de alguien más' *-ri* o 'por reporte de alguien a quien se desconoce', similar al conocimiento popular *-la ruwá*, además de una 'fuente auditiva no humana' *-chani*, o 'por medio de una inferencia' para la cual cuenta con evidencia física *-ré*. Existen, además, algunas formas gramaticales para marcar los verbos cuando se narra la experiencia onírica, especialmente por parte del *owirúami* (curandero), a diferencia de cómo lo haría cualquier otra persona sin las habilidades adquiridas del curandero.

Con el panorama lingüístico anterior, a manera de conclusión, podemos afirmar que no todas las lenguas del mundo necesitan de una categoría gramatical de tiempo. Asimismo, como podemos observar a partir de la distribución de funciones listadas anteriormente, el contar con dicha categoría no suma ni resta ninguna habilidad retórica a los hablantes de lenguas que no la tienen, debido a que

otras categorías serán las necesarias para expresar cualquier idea. De esta forma, entendemos que en *rarámuri ra'ichaála* toda enunciación nos dice de dónde se obtuvo la información y con qué seguridad la persona la enuncia, pero es menos relevante saber cuándo exactamente sucedió dicho evento. Esto no implica que las personas *rarámuri* no tengan consciencia de la cronología de los hechos más allá del aquí y el ahora, como se suele sugerir en algunas posturas ingenuas.

La exploración de la gramática de una lengua particular nos introduce no solamente en el entendimiento de una cultura, sino también en la deconstrucción de la teoría lingüística como la hemos entendido. El caso del tiempo gramatical en las lenguas mexicanas es solo un ejemplo del cómo se crea la descripción lingüística y cómo se le puede, también, cuestionar.

Jesús Villalpando Quiñonez

Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM

Revisión: Ada Ligia Torres Maldonado

Corrección de estilo: Adriana Incháustegui López

Elaboración: Nohemí María del Pilar Sánchez Sandoval

Fotografías: Jesús Villalpando Quiñonez